Cuando son tantos a entristecernos la vida, no es cosa de poner reparos y atajar con anticipadas censuras a los que pretenden alegrarnos con unos festejos, si no muy novedosos, como dicen en la Argentina, muy bienintencionados por lo menos.

De cuanto se proyecta y organiza, sólo habría que tachar, por aquello que dicen en Don Alvaro: «Las cosas santas se han de tratar santamente», la manifestación anunciada de las mujeres para pedir la paz. ¡La paz! La petición es de tanta importancia, que no parece lo más acertado mezclarla con festejos y bullangas callejeros. Aun si estuviéramos seguros de su eficacia, todos nos ofreceríamos a tomar parte en ella, encamisados y con un cirio verde, si era preciso. Pero, la verdad, entre una verbena y un desfile carnavalesco, ¿no pudiera haber una confusión lamentable y hasta ofensiva para los pueblos beligerantes?

Cierto que las mujeres están, más que nadie, llamadas a rogar por la paz, a conseguirla por cuantos medios puedan, y aun los extremos a que llegaron las mujeres en *La Lysistrata*, de Aristófanes, nos parecerían muy justificados, con tener, en apariencia, más de lo jocoso que de lo grave.

Pero estaba escrito que con esta guerra habían de fracasar muchas esperanzas de los pacifistas. Una de ellas era la intervención del socialismo; otra era una más decidida acción feminista. Eran muchos los que creían y esperaban. Creían que las ideas socialistas y el corazón de las mujeres no tenían fronteras.

Los idealismos basados sobre una falsedad fracasan siempre. Mientras en todo sentimiento instintivo haya dos polos, amor y odio, de nada servirá transportarlos; la verdad será el sentimiento, que no tarda en recobrar su natural posición en cuanto el instinto se sobrepone a la *idea*.

El socialismo debiera ser un gran amor; pero combate, lucha todavía, y es preciso que sea también un gran odio. Salva fronteras, quiere negar el odio de razas y es odios de clases. ¿Qué más da? El amor y el odio no se rigen por ideas; el instinto es su dueño. La guerra se desata por el mundo, y amores y odios vuelven a su cauce. El corazón levanta las fronteras que la inteligencia creía haber destruído. Ya no es lucha de clases, es lucha de pueblos. El amor y el odio de los compatriotas se unen en un solo sentimiento: patriotismo.

Sólo aquí y allá, algún hombre aislado, al que todos miran como enemigo, a quien los suyos tal vez llaman traidor, sigue alzando su voz sobre las fronteras armadas de odio: '¡Hermanos, hermanos!' Cuando esta voz del hombre que no sabe odiar sea la voz de todos los hombres, será el verdadero socialismo, sin odio de razas, sin odio de clases; amor todo.

* * *

Si en los festejos proyectados, tanto como la atracción de forasteros, se procurara el regocijo de los madrileños, como festejo de la mayor novedad nos atreveríamos a proponer, si supiéramos a quién dirigirnos, una buena limpia de mendigos, golfos, vagos y chiquillería harapienta y desvergonzada.

En primer lugar, debieran suprimirse, por nocivas y contraproducentes, todas esas Juntas benéficas, cuyos resultados prácticos saltan a la vista, dedicadas todas ellas a la cría del pobre y fomento de la mendicidad.

El espectáculo de las calles madrileñas ha llegado a ser intolerable. No hay modo de entrar y salir en un comercio, de detenerse un momento, sin verse acosado, zarandeado, por billeteros, periodistas, chiquillos y mujeres con chicos en brazos, que gritan, gesticulan, lloriquean y acosan.

La calle de Sevilla, las calles más céntricas, son a todas horas casino del hampa y patio de Monipodio.

Sería injusto culpar a las autoridades; el verdadero culpable lo somos todos con nuestra tolerancia, con nuestra complacencia, bien hallados con la mugre y la incomodidad y la molestia continua. Somos un pueblo masoquista, y el día que no tuviéramos de qué quejarnos, nos consideraríamos más desgraciados que nunca.

¿Será posible que el Centro de Hijos de Madrid, con la cooperación de las autoridades y el concurso de los madrileños, no consigan obsequiarnos con el festejo de adecentar las calles, aunque pierdan algo de su carácter goyesco, sainetero y picaresco, tres cualidades tan apreciadas por los organizadores de festejos?

Sin perjuicio de estas visiones de lo castizo y de lo pintoresco, ¿sería mucho pedir, aunque no fuera más que por comparar, una visioncita de lo europeo, de lo limpio, de lo que se lleva por otras partes?

Ya que este año no han de acudir muchos extranjeros a las fiestas, únicos a los que pudiera interesar este aspecto de nuestras calles, para ellos desconocido, bien será que nos obsequiemos nosotros con algo nuevo y desusado.

El Madrid de Goya y de D. Ramón de la Cruz está muy bien para una fiesta en la Bombilla o para un desfile por Recoletos; pero a todas horas y por todas partes..., es tanto sainete que parece tragedia; la tragedia de nuestra apatía, que es toda la tragedia de España.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA 3IBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

En la literatura española, tan sobrada de libros pomposos con títulos rimbombantes, escasean los libros modestos, anecdóticos; la historia chica, que viene a ser con el tiempo, por mejor documentada, el más sólido fundamento de la historia grande.

Uno de los asuntos más interesantes para esta historia chica sería la historia de algunos de nuestros teatros, y es de lamentar que, así como en Francia la Comedia Francesa y los teatros del bulevar del crimen, y los teatros de la feria, y en Alemania el teatro de Weimar, y en Austria el Burgtheateer, de Viena, y tantos otros teatros extranjeros, no hayan tenido los teatros españoles más significativos por su importancia en un período de nuestra vida literaria su historiador o cronista.

La historia del *Burgtheateer*, de Viena, escrita por Lothar, el insigne autor dramático y erítico, buen amigo de España y muy estima-

do en ella, es un modelo de este género de historias.

Los franceses son también maestros en componer libros de memorias y anécdotas teatrales. Con los referentes a su teatro Francés, Casa de Molière, pudiera formarse una copiosa biblioteca.

En España son dignos de gratitud los escritores que, como Pellicer en su tiempo, y entre los contemporáneos D. Francisco Flores García y D. Narciso Díaz de Escovar, no desdeñan tratar este género anecdótico, que en su día ha de ser valiosa documentación para la historia de nuestra literatura dramática.

¿Qué no dariamos hoy por las auténticas Memorias de algún famoso comediante de los siglos XVI o XVII, o por alguna puntual relación de representaciones de comedias de Lope, Calderón y Tirso en los antiguos corrales?

De los modernos tiempos seria de lamentar que no hallaran un historiador aquel teatro de Variedades, tan madrileño, tan típico, tan popular y tan aristocrático, cuando nuestro pueblo y nuestra aristocracia eran tan unos en sus gustos y en sus simpatías.

Y la historia de nuestro teatro de la Zarzuela, y la historia de los Bufos, de Arderíus, y la historia del que es hoy teatro de Romea y fué antes de la Infantil, y la historia de aquellos cafés con teatro, en donde se representaba un drama histórico entre repiqueteos de cucharillas y vocear «¡Caféee!» y engullir de medias tostadas.

Todos esperan y merecen su historiador, y entre todos, con preferencia, el teatro de la Comedia, que si no desmereció nunca de su importancia entre los teatros madrileños, hubo un tiempo en que significó toda una escuela de arte escénico y una bandera de literatura dramática.

Frente al teatro romántico, cultivado en el teatro Español, sostenido por el gallardo aliento de Rafael Calvo y la deslumbradora inspiración de Antonio Vico, cuando el genio de D. José Echegaray era todo un teatro, en la Comedia, contrapeso moderador, Emilio Mario cultivaba un teatro que pretendía ser más verdadero y humano, con intérpretes que se esforzaban por parecer naturales.

¿Dónde estaba la verdad? ¿Dónde está la verdad? La verdad, en el Arte como en la vida, huye de los caminos trazados y parece por donde menos se la espera.

No hay escuela ni tendencia artística que no haya pretendido monopolizarla. En nombre de la verdad habló el renacimiento clásico; en nombre de la verdad, el romanticismo; no hay que decir si en nombre de ella, y más alto que todos, hablaron el realismo y el naturalismo...

Puede decirse que hasta muy recientes tiempos no habló el Arte en nombre de la mentira, y aun así, para asegurarnos que la mentira era la verdad del Arte.

El teatro de la Comedia fué también el principal introductor de los aires de fuera, lo que hoy llamaríamos europeización en el arte dramático de España.

La compañía de Virginia Marini, la más completa de cuantas compañías extranjeras han trabajado en España, dió a conocer un repertorio nuevo, que revolucionó al público y a la crítica.

Sardou, Dumas (hijo) y Emilio Augier parecían entonces de una osadía y de un realismo muy atractivos, porque el teatro se llenaba a diario, y no de hombres solos. Aquellas damas de la Restauración no eran tan asustadizas como las de ahora.

En libertad para los autores y en amplitud de gustos del público hemos atrasado bastante.

Cerca de cuarenta años ha existido el teatro de la Comedia. ¿Cuántas obras se habrán estrenado en esos cuarenta años? De todas ellas, apenas una docena sobrevive en el recuerdo, apenas cuatro o cinco se representan todavía. Todo esto para los que quisieran en cada año diez o doce obras maestras, para los que hablan de penuria y de agotamiento, como si la historia de las obras maestras fuera una continuidad, y Esquilo, Shakerpeare e Ibsen hubieran sido contemporáneos.

De todos los teatros madrileños, ninguno tan querido para mí como este teatro de la Comedia; no hay obra estrenada en él, no hay artista que en él haya trabajado que yo no recuerde... María Tubau, Lola Fernández, Balbina Valverde, Elisa Mendoza, María Guerrero, Rosario Pino... Mario, Vico, Cepillo, Rosell... Y de los extranjeros, la Duse, Rossi, Emmanuel, Lucinda Simoes, Réjane... Y los estrenos de Mariana, Realidad, Juan José, Los Galeotes...

Mis recuerdos son desinteresados; en la Comedia no he tenido nunca ningún éxito que me haya satisfecho. Excepto en el estreno de Lo cursi, en todos he oído siseos y muestras de desagrado. Había llegado a creer que no era posible otra cosa. Los autores noveles de ahora no saben lo que es estrenar, iy se quejan todavía!

Y basta de recuerdos. El teatro de la Comedia renacerá muy pronto. Su propietario, don Luis Navas, es hombre emprendedor y, sobre todo, es inteligente, amante del Arte, y su teatro, para él, más que una finca productiva, era una ilusión y un entusiasmo.

Confiemos en que el expedienteo oficial no estorbará los buenos propósitos del propietario y del arquitecto.

Al comenzar la temporada próxima se abrirá el teatro de la Comedia. Hay quien quisiera hallarle lo mismo para figurarse que el incendio fué una ilusión, un sueño... Hay quien desea verle distinto, moderno, cómodo, con instalación de luz más perfecta, con decorado más a la moderna.

Voto con los reformistas. Nunca dos cosas iguales en la vida. Renovar siempre, para no justificar la destrucción nunca.

La situación de Italia entre unos y otros beligerantes empezaba a ser fatigosa, tanto para la interesada como para los oyentes y espectadores. Yo sé de algunos que de buena gana hubieran recordado al señor del cuento, impaciente y desvelado por los dengues de una dama en parecido caso: ¡Señora, o se pone usted, o me pongo yo!

Parece ser, según las últimas noticias, que la señora se pone. Y ¡quiera Dios!, ya que sea a su gusto, que sea para su conveniencia.

El ejemplo de Italia debe servir de lección a los Gobiernos que, en las cuestiones de política exterior, comprometen a su nación en alianzas sin arraigo en los sentimientos populares.

Si el pueblo italiano jamás podía ser amigo de Austria, si subsistían odios y rencores y era aspiración nacional el desquite de agravios y humillaciones mal sufridas, ¿a qué el engaño y la deslealtad de la Triple Alianza?

De ella se ha aprovechado Italia, y hoy olvida todo lo que debe a su alianza con los Im-

perios.

Maquiavelismo, dirán. ¡Pobre Maquiavelo! Haber dado su nombre a una política de astucias y de falsedades; él, que fué todo sinceridad y proclamó como mejor política la verdad de las intenciones para llegar más pronto al verdadero fin.

Lo cierto es que ahora Italia, para ser leal consigo misma, ha de ser desleal con sus aliados.

¿Puede censurarse su proceder? ¡Ay! Para desengaño de los que creen que la moralidad es una, ya sabemos que nadie saludaria a una persona que fuera capaz de cometer la mitad de las indelicadezas que puede cometer una nación como Estado constituído. Y cuanto más cañones posea la nación, más delicadas parecerán sus indelicadezas.

Una nación puede contraer deudas y comprometerse con sus acreedores a pagarles un interés determinado, sabroso cebo de la operación financiera. Pero después la tal nación, como Estado, puede gravar la renta con un impuesto y burlar así a sus acreedores.

Una nación puede llamarse católica y legislar contra el matrimonio, en nombre del servicio militar, impidiendo a los jóvenes contraer matrimonio y fomentando así el vicio y los nacimientos ilegítimos. Una nación puede faltar a su palabra y a sus compromisos; todo consiste en... poder o no poder: esa es la cuestión.

Entonces dirá el más resignado: Si nada hay tan eficaz como el ejemplo, ¿en nombre de qué legislan, castigan, moralizan los Códigos de esas naciones?

Vemos el mundo perturbado por intrigas políticas que tal vez no responden a sentimientos nacionales, mucho menos humanos. El día en que los pueblos, el verdadero pueblo, perturbe la vida nacional, en nombre de una legítima aspiración..., hambre, justicia..., ¿serán capaces los Estados de juntar sus ejércitos para imponer la paz a los pueblos?

Y en nombre de qué paz perseguirán al revolucionario, al anarquista?

Después de esta guerra, en que todas las naciones se han desvergonzado, todo estará permitido. Cuando venga la paz, será peor mil veces que la guerra; será peor que la paz armada, será la paz desconfiada. Nadie creerá en nadie. Mentira los tratados, mentira las alianzas, mentira los derechos. Para todo habrá razón, porque para todo habrá ejemplo.

Las huelgas perturbarán el mundo, y ¿podrá el hambre de los pequeños perturbarle tanto como la voracidad de los grandes?

El que pueda se atreverá a todo, y hará bien en atreverse. El que no pueda por la fuerza, podrá por la astucia, y todo será de quien más pueda.

¿Será? Pero ¿es que ha sido nunca de otra manera?

¡Pobre Humanidad! Tu existencia puede simbolizarse en una corrida de toros. Unos hombres sencillos, fuertes, trabajadores, son como el toro: la víctima, el emprimado, el que se deja llevar del engaño, capote o muleta, que puede ser bandera nacional o pendón político. Otros hombres, clases directoras, inteligentes, astutos, los lidiadores, que saben para su provecho dar color de bandera a cualquier trapo y jugar a su capricho con el toro.

De espectadores... los cobardes y los vagos,

los inútiles, los parásitos... De ellos es el mundo y las plazas.

Menos mal que el toro también tiene su día. Ese día se llama Revolución francesa, se llama la *Commune*, se llamará...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LOUN

91BLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

" 1625 MONTERREY, MEMOS

XII

Es frase usual en los actores al ponderar lo efímero de sus triunfos: «Somos misas de cuerpo presente.» Si así es, en efecto, cuando el artista dramático muere en la plenitud de su vida artística, ¿qué será si la muerte llega cuando para el actor retirado de la escena, antes que la muerte había llegado el olvido y primero había callado la admiración y, por fin, había callado hasta la envidia, la última en callar en torno a toda gloria?

Elisa Boldún ha muerto; su retirada prematura de la escena restó a su nombre el aplauso de dos generaciones posteriores.

Los que ya somos viejos la admiramos de niños, después de mozos. No era la edad de los juicios conscientes. Por mis recuerdos no me atrevería a pronunciar un juicio de su talento. Pero si el Arte es emoción ante todo, y nada como el recuerdo imborrable para valorar la intensidad de nuestras emociones en el Arte como en la vida, Elisa Boldún era, sin duda, actriz extraordinaria. Yo recuerdo su figura, su voz; la recuerdo en obras de nuestro teatro clásico, representadas en aquel teatro de la plaza del Rey, en donde ella y Rafael Calvo esclarecían con dicción limpia, vibrante, los conceptos de Calderón, de Moreto, de Rojas.

JACINTO BENAVENTE

La recuerdo en aquellos dramas históricos La Beltraneja, Hermenegildo, La Virgen de la Lorena; dramas que eran en la literatura española lo que fueron por muchos años en la Pintura los llamados cuadros de historia: anacronismos, retórica, colorines; pero con todo, arte noble, español, de un empaque afectado, pero decoroso, como esa afectación señorial del hidalgo venido a menos.

La recuerdo después en los dramas de Echegaray Cómo empieza y cómo acaba, O locura o santidad, y recuerdo que el público, en pie, la aclamaba, y recuerdo que sólo con la Duse, y con María Guerrero después, he sentido emoción parecida.

Algo recordaba en su rostro y en su figura a la actriz italiana; de cara expresiva, de cuerpo bien proporcionado, muy dama en su apostura, muy compuesta en sus ademanes. Aseguran los que la conocieron y trataron que no tenía afición al teatro. No puedo creerlo. Hay amores que por lo apasionados parecen odios: todo amor que percibe un ideal muy alto, inaccesible. Sólo el que con poco se satisface se contenta con lo realizado y lo realizable, en el Arte como en la vida.

Por la emoción con que pronunció su nombre muchas veces de niño, ¡la Boldún!, por la música de su voz, que aún es regalo a mis oídos, entre sonoros versos, porque en la lejanía de los años ya no parece de esta vida el recuerdo, he querido compensar en parte la frialdad de las noticias necrológicas, escritas, claro está, por escritores mozos que no la conocieron, que ninguna emoción sienten al recordarla, que tal vez pensarán, como nosotros pensamos, cuando los viejos de nuestro tiempo ponderaban a Matilde Díez o a Teodora, a Julián Romea o a Joaquín Arjona: «¡Bah! Estos señores mayores quieren desquitarse de lo que no han de ver, diciéndonos que ellos vieron ya lo mejor.»

Como aquel D. Ermeguncio, tan donosamente pintado por Moratín, clamaba contra los males del siglo, entre sorbo y sorbo del oloroso soconusco, y en la mayor indignación engullía dos tortas, hay ahora también filosofastros de chocolate y bollos que, en la misma nutritiva situación de D. Ermeguncio, solamente con optimista filosofía, nos quieren ponderar las excelencias de la guerra y los felices resultados que ha de traer a la Humanidad.

Según ellos, nos espera una regeneración, el paraíso terrenal, la gloria divina.

No sé yo de qué parte atisbará su perspicaz mirada ese alborear de una Humanidad más perfecta, ni por dónde apuntarán esos nuevos valores morales.

Guerras ha habido, guerras habrá, sin duda, que acaso puedan resolverse en armonía universal: cuando lucha la civilización contra la barbarie, una idea de justicia o de libertad contra el egoísmo o la tiranía. Pero ¿es este el caso de la guerra actual? ¿Qué civilizaciones opuestas luchan en ella? ¿De qué lado está la luz, de qué lado la sombra?

No; por mucho que se profundice o se vuele

por alto o por bajo, todas las raíces y toda la metafísica de esta guerra están en las habilidades de una nación mandona—Inglaterra—, que se hallaba muy a gusto en el machito de sus tradiciones, de su comercio, de su flota, que ve con espanto que otra nación—Alemania—trabaja, adelanta, empuja, y como ella sola no se siente con fuerzas para oponerse a su enemiga, despierta ambiciones de unas, romanticismos de otras, la rodea de enemigos, y dice: «Ahora o nunca.»

¿Qué nueva Humanidad, qué valores morales pueden resultar de todo esto?

Odios imperecederos, rabia de los vencidos, orgullo de los vencedores, opresión, tiranía, traiciones, deslealtades...

Bien está que digamos: La guerra es un mal necesario; pero es un mal. Debemos estar preparados, muy preparados para ella; pero es un mal...

Cantar sus excelencias, y, sobre todo, cantarlas desde un cómodo sillón, delante de una jícara de chocolate, como D. Ermeguncio, podrá ser muy alta filosofía; pero a estas horas hay también muchas gentes que negocian con la ruina y la muerte, y dicen también: «La

guerra es admirable, que no acabe nunca la guerra...», y envían armamento y municiones al que mejor les paga. Pues estos negociantes me parecen mejor que los otros filósofos. Por lo menos, no engañan a nadie ni hablan de valores morales. Tampoco los cuervos que aletean sobre los campos de batalla dirán para justificarse que la guerra es cosa buena para la Humanidad; lo es para ellos, y basta.

XIII

... Y los que ciñen laureles hacen primeros papeles... y a veces el entremés.

Y un entremés bien ridículo, por cierto. Si el tiempo y la ocasión lo permitieran, ¿habría nada más risible que esas renuncias y exoneraciones entre soberanos y príncipes beligerantes, ya del cargo honorífico, ya de la condecoración, uniformes y bandas y cruces de toda la fauna heráldica?

Los niños grandes de Europa juegan ahora a la guerra — juntos unos con otros por un odio común; por simpatía o por cariñoso afecto, ninguno —, y como chiquillos enfadados, devuelven sus juguetes a los del otro bando: Ya no quiero jugar contigo...

¿Y hemos de tomar en serio sus enfados pueriles? No volverán los padres a sus hijos, no volverán los hijos a sus madres, no vol-